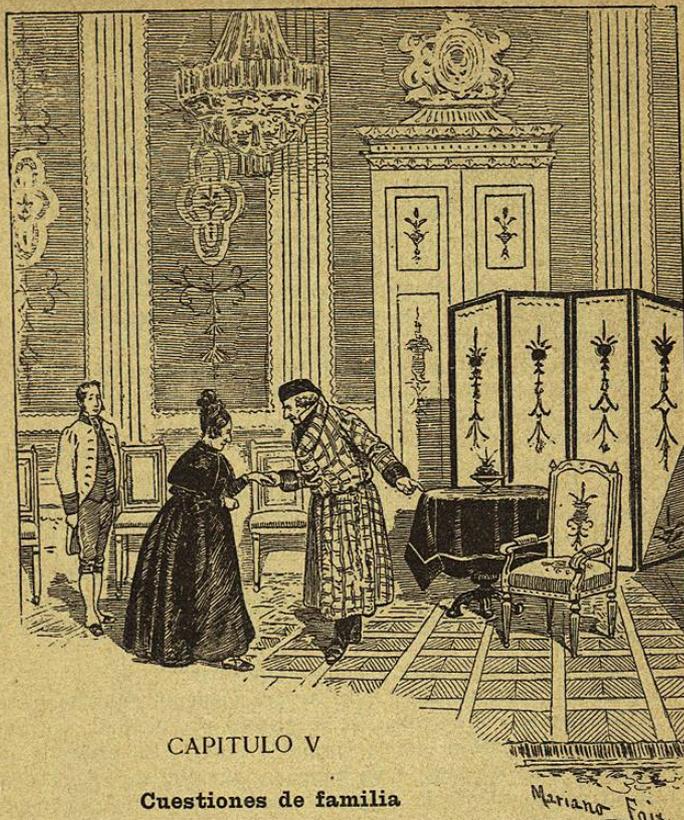


menudo con tal fuerza, que quisiera abrazar á mi padre, decirle cuanto le amo y llorar un poco en su seno; pero sé que no debo ceder á semejante tentación, porque le desagradaría, sin contar que Fanny y la señora General lo juzgarían absurdo. Trato, pues, de calmarme, luchando no obstante contra la convicción de que jamás estuve tan lejos de él, y de que aun en medio de su numerosa servidumbre siente cansancio y necesitaría mis caricias.

»Querido señor Clennam, he hablado mucho de mí, y aún debo añadir algo, precisamente lo que más empeño tengo en decirle. Entre todas las locas ideas que me he tomado la libertad de confiarle, porque sé que sólo usted puede comprenderme, hay una cosa que me preocupa sin cesar... es la esperanza de que en sus ratos de ocio piense usted algunas veces en mí. Debo confesarle que desde mi marcha experimento sobre este punto una inquietud que á toda costa quisiera desechár. Temo que al pensar en mí me vea usted bajo un nuevo prisma, creyendo que he variado: no lo piense así, pues no podría resignarme á ello, ni sabe usted hasta qué punto me afligiría. Sólo figurarme que al pensar en mí pueda imaginar que ahora seré para usted más extraña de lo que era cuando tan bondadoso se mostraba conmigo, es cosa que me contrista el corazón. Lo que le pido por favor es que jamás me considere como la hija de un hombre rico; que no vea en mí una mujer que viste mejor ni vive con más comodidades que en la época en que me conoció. Acuérdesse sólo de la muchacha pobremente vestida que usted protegió con tanta ternura, y á quien secó los pies mojados junto al fuego encendido por usted. Piense en mí cuando tenga tiempo para ello, recordando mi leal afecto, mi eterna gratitud; piense en mí como en otro tiempo pensaba en su pobre amiga

»LA NIÑA DÓRRIT.»

«P. S.—No olvide usted, sobre todo, que no debe inquietarse tocante á la señora Gowan. «Es muy feliz y está perfectamente bien:» son sus palabras. ¡Y qué hermosa la encontré!»



CAPITULO V

Cuestiones de familia

Hacia dos meses que la familia Dórrit habitaba en Venecia, cuando el padre, que visitaba á tantos condes y marqueses que apenas le quedaba un momento libre, reservó, no obstante, cierta hora y cierto día para celebrar una conferencia con la señora General.

En el día y hora prefijados, el señor Dórrit dió orden á su ayuda de cámara, Tinker, para que fuera á saludar en su nombre á la viuda, indicándole que el jefe de la familia deseaba hablar con ella particularmente. Como era la hora en que todos tomaban el café en sus respectivas habitaciones, el ayuda de cámara encontró á la señora General y dióle cuenta de su mensaje. La dama contestó que estaba dispuesta á pasar

á la habitación del señor Dórrit, para evitarle la molestia de subir; y en su consecuencia el mayordomo la acompañó hasta el salón de su augusto amo.

El señor Dórrit, luciendo una rica bata y un brillante gorro... (la larva entumecida que tantos años vegetara entre los presos, habiase transformado en soberbia mariposa,) se levantó para recibir á la señora General, ordenando á su mayordomo que acercara al punto un sillón.

—Señora—dijo el anciano,—me he tomado la libertad...

—Nada de eso—interrumpió la dama,—precisamente había tomado ya el café, y nada me impedía bajar al punto.

—Muy bien—repuso el anciano con penetrante gravedad.

—Mi deseo era celebrar una entrevista con usted, porque abrigo cierta inquietud respecto á... ¡hem!... mi hija menor. Sin duda habrá notado usted gran diferencia de temperamento entre las dos.

La señora General cruzó las manos, como para que se viesan mejor sus guantes, que no se quitaba nunca, y contestó:

—Existe, en efecto, gran diferencia.

—¿Me será permitido—añadió el señor Dórrit con majestuosa serenidad,—preguntar su opinión sobre este punto?

—Fanny tiene mucha fuerza de voluntad, y Amy carece de ella.

El señor Dórrit hubiera podido contestar:

«¡Que carece de ella! ¡Oh! señora General, pregunte usted á los patios y á las rejas de la prisión por deudas; pregunte usted á la modista que la enseñó á coser, y al profesor que dió lecciones de baile á su hermana; pregúnteme usted á mí, á su padre, cuánto le debo; y entonces sabrá lo que puedo decir de este pequeño sér, desdeñado desde su infancia hasta hoy día.»

Pero el anciano se guardó muy mucho de ello, y mirando á su interlocutora, limitóse á decir:

—Tiene usted razón.

—No pretendo decir—repuso la viuda,—que no haya nada que corregir en Fanny; pero en ella no falta por lo menos la madera... y acaso le sobra.

—¿Tendría usted la bondad—replicó el señor Dórrit,—de ser... ¡hem!... un poco más explícita? No comprendo muy bien, por qué á mi hija le sobra... ¡hem!... la madera. ¿Qué madera es esa?

—Quiero decir que Fanny adopta con harta facilidad sus

opiniones; las personas perfectamente educadas no deben hacerlo así, ni han de ser tampoco demasiado expansivas.

Temeroso el señor Dórrit de que se le pudiera acusar de no estar perfectamente educado, apresuróse á decir:

—Efectivamente, señora, tiene usted mucha razón; pero ya sabe que mis hijas tuvieron la desgracia de perder á su madre siendo aun muy niñas; y como hace poco tiempo que entré en posesión de mi fortuna actual, han vivido... ¡hem!... retiradas con su padre, comparativamente pobre, pero siempre altivo y caballero.

—Siempre he tenido en cuenta esta circunstancia.

—Con un guía como usted—continuó el anciano (la señora General cerró los ojos,)—con tan buen ejemplo siempre á la vista, no debería inquietarme; Fanny tiene un carácter que se doblega á las circunstancias; pero no estoy tan tranquilo respecto á la menor, que, dicho sea de paso, fué siempre mi hija predilecta.

—¡He aquí una de esas preferencias que no se explican!—dijo la dama.

—¡Hem!... tiene usted razón; pero voy al caso. A mí me contrista ver que Amy no es de los nuestros, por decirlo así; jamás tiene empeño en acompañarnos para visitar la sociedad; parece ajena á las personas de buen tono que recibimos; y evidentemente no tiene las mismas inclinaciones que nosotros. En una palabra, me parece que Amy... ¡cómo diré!... flaquea un poco.

—¿No podría consistir—repuso la señora General,—en que esta señorita no ha conseguido acostumbrarse aun á su nueva posición?

—Dispense usted, señora—replicó el anciano con viveza;—Amy es hija de un caballero, y porque en cierta época de mi vida haya distado... ¡hem!... de vivir en la opulencia... comparativamente hablando... y porque Amy se educara... ¡hem!... en el retiro, no ha de seguirse de ello necesariamente que deba parecerle nueva su posición.

—Es exacto, caballero.

—He aquí por qué me he tomado la libertad, señora, de solicitar una entrevista, para pedirle consejo.

—Señor Dórrit, desde que estamos en esta ciudad he hablado varias veces con Amy respecto á la conducta que toda señorita debe observar en general, é inútil creo añadir que aun no ha utilizado mis lecciones. A mí me parece, caballero, dispéñeme si me engaño, que usted está acostumbrado á ejer-

cer gran influencia en el ánimo de las personas que le rodean...

—¡Hem!... señora, no le ocultaré á usted que he estado á la cabeza... ¡hem!... de una comunidad considerable; y ha supuesto usted muy bien que estoy acostumbrado á ocupar... posición influyente.

—Me alegro de ver corroborada mi opinión, y por lo mismo aconsejaría á usted que hablara particularmente á su hija para manifestarle sus observaciones y sus deseos, tanto más cuanto que, siendo la hija predilecta debe profesar á su padre el más cariñoso afecto.

—Ya había pensado en ello, señora, pero temía... ¡hem!... usurpar las...

—Atribuciones mías—interrumpió la viuda, completando la frase;—¡nada de eso!

—Entonces, con el permiso de usted—prosiguió el señor Dórrit, tocando la campanilla para llamar á su ayuda de cámara,—voy á enviarle un recado.

—¿Desea el señor Dórrit que yo esté presente en la entrevista?

—Si quiere usted concederme algunos minutos...

—Estoy á sus órdenes.

El ayuda de cámara recibió la orden de pasar aviso á la doncella de la señorita Amy para que anunciase á ésta que su padre deseaba hablarle; y pocos momentos después, Tinkler, abriendo la puerta del salón, anunciaba á la señorita Dórrit.

—Hija mía—dijo el padre,—la señora General y yo acabamos de celebrar una entrevista ocupándonos de ti: á entrambos nos parece que estás como disgustada aquí, como fuera de tu centro... ¿Me explicarás la causa?

—Creo, padre—contestó la joven,—que necesito algún tiempo para...

—Es preferible decir *Papá*—observó la señora General;—*padre* es un nombre ya muy común, hija mía; y además, al pronunciar el de *papá* se comunica á los labios una forma graciosa. *Papá*, patatas, pollo y prismas son palabras muy á propósito para formar los labios. Ya verá usted que útil es saber estas cosas cuando se alterna con la sociedad.

—Hija mía—dijo el señor Dórrit,—te ruego que te conformes... ¡hem!... con los preceptos de la señora General.

La joven contestó que haría todo lo posible.

—Decías—prosiguió el padre,—que necesitabas tiempo. ¿Para qué?

—Para acostumbrarme á mi nueva vida—contestó la joven después de una larga pausa, y fijando en su padre una mirada cariñosa.

El anciano frunció el entrecejo, como si no le satisficiera la respuesta, y repuso al fin:

—Páreceme, Amy, y así debo confesarlo, que has tenido bastante tiempo para acostumbrarte... ¡hem!... y no ocultaré que me extraña tu conducta. Fanny ha sabido vencer todas estas dificultades, y no veo por qué... ¡hem!... no habías de hacer tú lo mismo.

—Espero conseguirlo—replicó la niña Dórrit.

—Y confío en que no perdonarás esfuerzo para ello. Te he llamado... ¡hem!... para decirte muy enérgicamente, en presencia de la señora General, que ha tenido la bondad de permanecer aquí, que no estoy satisfecho... ¡hem!... de tu conducta, con la cual me causas no poca inquietud. Siempre fuiste mi predilecta, como decía hace poco á esta señora; siempre he querido que seas... ¡hem!... mi amiga y compañera; y en cambio te ruego, muy formalmente, que te conformes mejor con las circunstancias y hagas con toda escrupulosidad cuanto conviene á... tu posición. Fija la atención en las observaciones que acaban de hacerte, y trata de conducirte como cumple á... ¡hem!... la señorita Dórrit. Así lograrás contentarnos.

—Si la señorita Amy quiere hacer por su parte algunos esfuerzos—dijo la viuda, después de abrir y cerrar los ojos sucesivamente,—aceptando el auxilio de mis humildes consejos para darse la importancia que pueda faltarle, el señor Dórrit no tendrá ya ningún motivo de queja; y aprovecharé esta oportunidad para advertirla, por vía de ejemplo, que no es conveniente mirar á los mendigos con tanta atención como lo hace una amiguita mía. No debemos fijar la vista en ellos, ni tampoco en ningún objeto desagradable, pues prescindiendo de que semejantes costumbre es contraria á esa graciosa ecuanimidad exterior que indica más que nada una persona de buena educación, páreceme hasta poco compatible con un espíritu delicado, el cual ha de aparentar siempre que ignora la existencia de cuanto es inconveniente, desordenado y desagradable.

Después de dar este admirable precepto, la señora General

hizo una reverencia á fondo, y retiróse con toda la majestad de una reina.

Durante la conversación, la niña Dórrit había conservado siempre su semblante sereno y su mirada cariñosa, que no cambió de expresión mientras estuvo presente la señora General; pero cuando quedó sola con su padre, agitáronse sus manecitas, y sus facciones revelaron una emoción profunda y contenida.

Sin embargo, no era porque se creyese agraviada; podía estar algo resentida, pero importábase poco esto. Pensaba, como siempre, en su padre: desde que tomaron posesión de la herencia, vago temor se había apoderado poco á poco del espíritu de la tímida doncella: decíase que á pesar de sus riquezas jamás podría ver á su padre tal como debió ser antes de su largo encarcelamiento; en lo que el anciano acababa de decirle, y en toda su conducta con ella, reconocía la sombra funesta y familiar que de continuo viera en los muros de la prisión; esta sombra tomaba una forma nueva, pero era la misma, siempre lúgubre y triste. La niña Dórrit comenzaba á confesarse con dolorosa repugnancia que no tenía bastante dominio sobre sí para persuadirse de que el tiempo pudiera borrar jamás un cuarto de siglo pasado detrás de los barrotes de una prisión; y la pobre joven no podía culpar á su padre, ni tenía nada que echarle en cara; en su fiel corazón no había más sentimiento que una sincera piedad y una ternura sin límites.

He aquí por qué en el anciano que estaba ante ella, iluminado por el brillante sol del cielo de Italia, libre en medio de una ciudad maravillosa, y alojado en un magnífico palacio, la joven veía sólo al pobre prisionero á la triste luz de su miserable habitación; he aquí por qué hubiera querido sentarse á su lado en el sofá para consolarle, obtener toda su confianza y serle útil. Pero si el anciano adivinó el pensamiento de su hija, el suyo no debía estar conforme con este modo de ver, pues el señor Dórrit se levantó de pronto y comenzó á pasear de un lado á otro de la habitación con enojo.

—Padre—dijo la niña Dórrit,—¿tiene usted algo más que decirme?

—No, no; nada.

—Siento mucho haberle dado motivo de queja, y espero que no me guardará rencor. Para complacerle procuraré ahora, más que nunca, conformarme con todo cuanto me rodea...

le aseguro que he tratado de hacerlo ya, pero no lo he conseguido.

—Amy—replicó el padre, deteniéndose de pronto delante de su hija,—debo decirte que tú... ¡hem!... lastimas mi amor propio á cada momento.

—¡Yo, padre mío!

—Hay un recuerdo penoso—prosiguió el señor Dórrit, sin fijar su vista en la de la joven, que expresaba la mayor aflicción,—hay un recuerdo, una serie de acontecimientos que yo quisiera... ¡hem!... borrar completamente de mi memoria. Tu hermana lo ha comprendido así, hasta el punto de llegar á reprender tu conducta en mi presencia; tu hermano lo ha comprendido también; todos lo comprenderían, por poca delicadeza y sentimiento que tuvieran, y sólo tú eres una excepción, Amy; tú sola despiertas... ¡hem!... estos tristes recuerdos, sin hablarme precisamente de ellos.

Amy se limitó á poner la mano sobre el brazo de su padre, mano temblorosa que tal vez quería decir con mucha expresión: «Piense usted en mí; recuerde cómo he trabajado para usted; no olvide mis sacrificios de otras veces.»

Amy, sin embargo, no pronunció una palabra, pero su ademán envolvía una reprensión que no había imaginado; y por eso el señor Dórrit comenzó á justificarse, aunque torpemente y con tono irritado.

—Durante veintitrés años—dijo,—todo el mundo me reconocía... ¡hem!... por el jefe; yo he sabido hacer que te respeten, Amy; yo... ¡hem!... he conquistado una posición para mi familia; merezco en cambio una compensación y la reclamo. Te lo repito, Amy, borra este recuerdo de la faz de la tierra, y comience para ti una nueva vida. ¿Te parece que pido demasiado? Veamos, ¿te parece que soy muy exigente?

Durante este monólogo, el anciano no fijó una sola vez la vista en su hija; de modo que parecía dirigir sus quejas al vacío.

—He sufrido mucho—prosiguió el anciano;—puedo decir que nadie sabe como yo hasta qué punto han llegado mis padecimientos... ¡hem!... ¡oh! nadie lo sabe; y, sin embargo, he podido olvidarlo todo, he conseguido borrar las señales de lo que sufrí para presentarme en el mundo como... ¡hem!... un caballero sin mancha... ¿Exijo demasiado por ventura al pedir á mis hijos... ¡hem!... que hagan como yo, á fin de borrar de la tierra el recuerdo de esa época maldita?

A pesar de su agitación, el anciano tenía buen cuidado de no alzar la voz, por temor de que el ayuda de cámara cogiese algunas palabras al vuelo.

—Todos los míos olvidan, excepto tú, Amy, que siempre fuiste mi predilecta y compañera; te confío á una señora, que lo es por todos conceptos... á la señora General, á fin de que te ayude á borrar ese recuerdo, y tampoco lo consigue. No extrañes, pues, que esté descontento al ver que todo es inútil. ¿Te parece que debo disculparme por haber expresado mi enojo? Por mi parte, no lo creo así.

La agitación del anciano, lejos de disminuir, parecía aumentar por momentos.

—¿Crees tú—prosiguió,—que tenga este empeño para mí, y que me queje sólo por lo que á mí respecta? No, no; lo hago sobre todo... ¡hem!... en tu propio interés, Amy; no soy tan egoísta. Te decía que estaba resentido, y en efecto lo estoy... y es porque mi hija, favorecida por la fortuna, se muestra desdeñosa y quiere vivir solitaria, proclamando así que no se encuentra á la altura de su destino. Me lastima que vengas á mostrar... ¡hem!... sistemáticamente á la luz del día lo que nosotros queremos tener oculto...; y no parece sino que desees anunciar á una sociedad distinguida y opulenta que naciste y te educaste... ¡hem!... ¡en un sitio que no quiero nombrar!

El anciano exhaló algunas quejas más, pero callóse al fin; y después de mirar al techo durante algunos segundos, fijó la vista en Amy, que apoyada la mano en el brazo de su padre, tenía la cabeza inclinada con aire contristado; el señor Dórrit no podía ver bien las facciones de su hija, pero en el contacto de su mano había una tierna y muda elocuencia; su actitud sólo demostraba cariño, sin la más ligera sombra de reprensión; y sin duda por esto el anciano, después de contemplar un momento á la joven comenzó á llorar, como había llorado en la prisión cierta noche en que la niña Dórrit fué á sentarse á la cabecera de su lecho para velarle hasta el día.

—Con toda mi fortuna—exclamó de pronto, abrazando á la joven,—no soy ya más que una ruina, un pobre miserable.

—¡Silencio, padre mío!—exclamó la joven Dórrit;—déme usted un beso y no hablemos más.

Las lágrimas del anciano secáronse bien pronto, mucho antes que la noche en que se hallaba en la prisión; y pocos minutos después, como para rehabilitarse de su debilidad á sus

propios ojos, habló á su ayuda de cámara con mucha dureza.

Salvo otra ocasión de que hablaremos en su tiempo y lugar, esta fué la única vez en que el señor Dórrit habló á su hija del tiempo pasado desde que la herencia le había enriquecido.

Era llegada la hora de almorzar, y no tardaron en presentarse Fanny y Eduardo. La salud de estos dos ilustres vástagos de la familia parecía haberse resentido un poco, porque Fanny ansiaba ardientemente presentarse en «sociedad,» según ella decía; y Eduardo pasaba las más de las noches en reuniones aristocráticas: este joven había tenido poco que aprender para darse tono y alternar con la buena sociedad; la suerte le había adiestrado para ello sin duda cuando fué chalán y mozo de billar.

A este almuerzo de la familia asistió también Federico Dórrit, que habiendo abandonado su clarinete, pasaba horas enteras contemplando los retratos de los más célebres venecianos en los principales museos, donde se le veía siempre con su cucurucho de rapé en la mano. Fanny, muy indignada, había propuesto que se comprase á su tío una tabaquera de oro, á fin de que no deshonrara á la familia; pero el anciano rehusó terminantemente hacer uso de ella cuando se la dieron.

Al terminar el almuerzo, el tío Federico manifestó que él y su sobrina, la niña Dórrit, habían visto en un museo el caballero y la señora que se encontraron en la cima del Monte San Bernardo.

—No recuerdo su nombre—dijo,—pero es probable que Guillermo ó Eduardo lo tengan presente.

—Yo tengo buenas razones para no olvidarlo—replicó el sobrino.

—Así lo creo—añadió Fanny, encogiéndose de hombros, mirando á su hermana;—pero dudo que se nos hubiera hablado de ellos si mi tío no hubiese metido las narices.

—Hija mía—observó la señora General,—usa usted una frase bastante vulgar y chocarrera. ¿No sería mejor decir: «si nuestro tío no los hubiese nombrado por inadvertencia...» ó bien: «no hubiera aludido á estas personas por casualidad.»

—Gracias por la advertencia—contestó Fanny;—pero decididamente prefiero la frase que acabo de usar.

Así la ex-bailarina recibía casi siempre los consejos de la señora General; pero tenía cuidado de retenerlos en la memoria para utilizarse de ellos en otra ocasión.

—Siempre hubiera dicho algo sobre nuestro encuentro con el señor Gowan y su esposa, Fanny—repuso la niña Dórrit;